



IX

En la Plaza Nueva, en una rinconada sumida ya en la sombra está el palacio de los Ozores, de fachada ostentosa recargada, sin elegancia, de sillares ennegrecidos, como los del Casino, por la humedad que trepa hasta el tejado por las paredes.

Al llegar al portal Ana se detuvo; se estremeció como si sintiera frío. Miró hacia la bocacalle próxima; por allí el horizonte se abría lleno de resplandores. La calle del Águila era una pendiente rápida que dejaba ver en lontananza la sierra y los prados que forman su falda, verdes y relucientes entonces. Cruzaban la plaza y pasaban sobre los tejados golondrinas gárrulas, in-

quietas, que iban y venían, como si hiciesen sus visitas de despedida, próximo el viaje de invierno.

—Oye, Petra, no llames; vamos á dar un paseo...

—¿Las dos solas?

—Sí, las dos... por los prados,... á campo traviesa.

—Pero, señorita, los prados estarán muy mojados...

—Por algún camino... extraviado... por donde no haya gente. Tú que eres de esas aldeas, y conoces todo eso, ¿no sabes por dónde podremos ir sin que encontremos á nadie?

—Pero, si estará todo húmedo...

—Ya no; el sol habrá secado la tierra... ¡Yo traigo buen calzado. Anda... vamos... Petra!

Ana suplicaba con la voz como una niña caprichosa y con el gesto como una mística que solicita favores celestiales.

Petra miró asombrada á su señora. Nunca la había visto así. ¿Qué era de aquella frialdad habitual, de aquella tranquilidad que parecía recelo y desconfianza disimulados?

Tenía la doncella algo más de veinticinco años: era rubia de color de azafrán, muy blanca, de facciones correctas; su hermosura podía excitar deseos, pero difícilmente producir simpatías. Procuraba disimular el acento desagradable de la provincia y hablaba con afectación insoportable. Había servido en muchas casas principales. Era buena para todo, y se aburría en casa de Quintanar, donde no había aventuras ni propias ni ajenas. Amos y criados parecían de estuco. Don Víctor era un viejo tal vez amigo de los amores fáciles, pero jamás había pasado su atrevimiento de alguna mirada insistente, pegajosa, y algún piropo envuelto en circunloquios que no le comprometían. El ama era muy callada, muy cavilosa; ó no tenía nada que tapar ó lo tapaba muy bien. Sin embargo, Petra había adquirido la convicción de que aquella señora

estaba muy aburrída. Aprovechaba la doncella las pocas ocasiones que se le ofrecían para procurarse la confianza de la Regenta. Era solícita, discreta, y fingía humildad, virtud la más difícil en su concepto.

Un paseo á campo traviesa, después de confesar, solas, en una tarde húmeda, daba mucho en que pensar á Petra. Ella no deseaba otra cosa, pero insistía en su oposición por ver á dónde llegaba el capricho del ama. Otras habían empezado así.

Bajaron por la calle del Aguila. A su extremo, pasaba, perpendicular, la carretera de Madrid.

—Por ahí no—dijo el ama.—Por aquí; vamos hacia la fuente de Mari-Pepa.

—A estas horas no hay nadie por estos sitios, y el piso ya estará seco; todavía da el sol. Mire Vd., allí está la fuente.

Petra mostró á su señora allá abajo, en la vega, una orla de álamos que parecía en aquel momento de plata y oro, según la iluminaban los rayos oblicuos del poniente. El camino era estrecho, pero igual y firme; á los lados se extendían prados de yerba alta y espesa y campos de hortaliza. Huertas y prados los riegan las aguas de la ciudad y son más fértiles que toda la campiña; los prados, de un verde fuerte, con tornasoles azulados, casi negros, parecen de túpido terciopelo. Reflejando los rayos del sol en el ocaso deslumbran. Así brillaban entonces. Ana entornaba los ojos con delicia, como bañándose en la luz tamizada por aquella frescura del suelo.

Setos de madreselva y zarzamora orlaban el camino, y de trecho en trecho se erguía el tronco de un negrillo, robusto y achaparrado, de enorme cabezota, como un as de bastos, con algunos retoños en la calvicie, varillas débiles que la brisa sacudía, haciendo resonar como castañuelas las hojas solitarias de sus extremos.

—Mire Vd., señora, ¡cosa más rara! á ninguna de

esas ramas le queda más hoja que la más alta, la de la punta...

Después de esta observación, y otras por el estilo, Petra se paraba á coger florecillas en los setos, se pinchaba los dedos, se enganchaba el vestido en las zarzas, daba gritos, reía; iba tomando cierta confianza al verse sola con su ama, en medio de los prados, por caminos de mala fama, solitarios, que sabían de ella tantas cosas dignas de ser calladas.

Petra no se fiaba de la piedad repentina de la Regenta.

«¡Más de una hora de confesión! La carita como iluminada al levantarse con la absolución encima... y ahora este paseo por los campos... y reir... y permitirle ciertas libertades...» No me fio; esperemos.

La doncella de Ana era amiga de llegar en sus cálculos y fantasías á las últimas consecuencias. Ya veía en lontananza propinas sonantes, en monedas de oro. Pero aquel sesgo religioso que tomaba la cosa—daba por supuesto que había algo—traía complicaciones que ofrecían novedad para la misma Petra, que había visto lo que ella y Dios y aquellos y otros caminos solitarios sabían.

Llegaron á la fuente de Mari-Pepa. Estaba á la sombra de robustos castaños, que tenían la corteza acribillada de cicatrices en forma de iniciales y algunas expresando nombres enteros. La orla de álamos que se veía desde lejos servía como de muralla para hacer el lugar más escondido y darle sombra á la hora de ponerse el sol; por oriente se levantaba una loma que daba abrigo al apacible retiro formado por la naturaleza en torno del manantial. Aunque situado en una hondonada, desde allí se veía magnífico paisaje, porque á la parte de occidente otras ondas del terreno que semejaban un oleaje de verdura, dejaban contemplar los lejanos términos, y allá confundido con la

neblina el Corfin, una montaña que ascendía sus crestas en las nubes y caía á pico sobre valles ocultos detrás de colinas y montes más próximos. El sol sesgaba el ambiente en que parecía flotar polvo luminoso, dentro del cual aparecía el Corfin con un tinte cárdeno.

Ana se sentó sobre las raíces descubiertas de un castaño que daba sombra á la fuente. Contemplaba las laderas de la montaña iluminada como por luces de bengala, y casi entre sueños veía á su lado el murmullo discreto del manantial y de la corriente que se precipitaba á refrescar los prados. Sobre las ramas del castaño saltaban gorriones y pinzones que no cerraban el pico y no acababan nunca de cantar firmemente, distraídos en cualquier cosa, inquietos, revoltosos y vanamente gárrulos. Hojas secas caían de cuando en cuando de las ramas al manantial; flotaban dando vueltas con lenta marcha, y, acercándose al cauce estrecho por donde el agua salía, se deslizaban rápidas, rectas, y desaparecían en la corriente, donde la superficie tersa se convertía en rizada plata. Una nevatilla (en *Vetusta lavandera*) picoteaba el suelo y brincaba á los piés de Ana, sin miedo, fiada en la agilidad de sus alas; daba vueltas, barría el polvo con la cola, se acercaba al agua, bebía, de un salto llegaba al seto, se escondía un momento entre las ramas bajas de la zarzamora, por pura curiosidad, volvía á aparecer, siempre alegre, pizpireta; quedó inmóvil un instante, como si deliberase; y de repente, como asustada, por aprensión, sin el menor motivo, tendió el vuelo recto y rápido al principio, ondulante y pausado después y se perdió en la atmósfera que el sol oblicuo tenía de púrpura. Ana siguió el vuelo de la *lavandera* con la mirada mientras pudo. «Estos animalitos, pensó, sienten, quieren y hasta hacen sus reflexiones... Ese pajarillo ha tenido una idea de repente; se ha cansado de

esta sombra y se ha ido á buscar luz, calor, espacio. ¡Feliz él! Cansarse ¡es tan natural! Ella misma, la Regenta, estaba bien cansada de aquella sombra en que había vivido siempre. ¿Sería algo nuevo, algo digno de ser amado aquello que el Magistral le había prometido? Cuando ella le había dicho que en la adolescencia había tenido antojos místicos, y que después sus tías y todas las amigas de Vetusta le habían hecho despreciar aquella vanidad piadosa ¿qué había contestado el Magistral? Bien se acordaba; le zumbaba todavía en los oídos aquella voz dulce que salía en pedazos, como por tamiz, por los cuadrillos de la celosía del confesonario. Le había dicho, con unas palabras muy elocuentes, que ella no podía repetir al pié de la letra, algo parecido á esto: «Hija mía, ni aquellos anhelos de Vd., buscando á Dios antes de conocerle, eran acendrada piedad, ni los desdenes con que después fueron maltratados tuvieron pizca de prudencia.» Pizca había dicho, estaba ella segura. La elocuencia del Magistral en el confesonario no era como la que usaba en el púlpito; ahora lo notaba. En el confesonario aprovechaba las palabras familiares que dicen tan bien ciertas cosas que jamás había visto ella en los libros llenos de retórica. Y le había puesto una comparación: «Si Vd., hija mía, se baña en un río, y revolviendo el agua al nadar, por juego, como solemos hacer, encuentra entre la arena una pepita de oro, pequeñaísima, que no vale una peseta, ¿se creará Vd. ya millonaria? ¿pensará que aquel descubrimiento la va á hacer rica? ¿que todo el río va á venir arrastrando monedas de cinco duros con la carita del rey y que todo va á ser para Vd.? Eso sería absurdo. Pero, por esto ¿va Vd. á tirar con desdén la pepita y á seguir jugueteando con el agua, moviendo los brazos y haciendo saltar la corriente al azotarla con los piés y sin pensar ya nunca más en aquel poquito de oro que

encontró entre la arena?» Estaba muy bien puesta la comparación. Ella se había visto con su traje de baño,



sin mangas, braceando en el río, á la sombra de avellanos y nogales, y en la orilla estaba el Magistral con

su roquete blanquísimo, de rodillas, pidiéndole, con las manos juntas, que no arrojase la pepita de oro. La elocuencia era aquello, hablar así, que se viera lo que se decía. Se había entusiasmado con aquel fluir de palabras dulces, nuevas, llenas de una alegría celestial; había abierto su corazón delante de aquel agujero con varillas atravesadas. También ella había dicho muchas palabras que no había usado en su vida hablando con los demás. Entonces el Magistral, allá dentro, callaba; y cuando ella terminó, la voz del confesonario temblaba al decir: «Hija mía, esa historia de sus tristezas, de sus ensueños, de sus aprensiones merece que yo medite mucho. Su alma es noble, y sólo porque en este sitio yo no puedo tributar elogios al penitente, me abstengo de señalar dónde está el oro y dónde está el lodo... y de hacerle ver que hay más oro de lo que parece. Sin embargo, Vd. está enferma; toda alma que viene aquí está enferma. Yo no sé cómo hay quien hable mal de la confesión; aparte de su carácter de institución divina, aun mirándola como asunto de utilidad humana ¿no comprende Vd. y puede comprender cualquiera que es necesario este hospital de almas para los enfermos del espíritu?» El Magistral había hablado de las consultas que los periódicos protestantes establecen para dilucidar casos de conciencia. «Las señoras protestantes, que no tienen padre espiritual, acuden á la prensa. ¿No es esto ridículo?» El Provisor había sonreído con la voz.

Y había continuado diciendo lo que en sustancia era esto: «No debía ella acudir allí, sólo á pedir la absolución de sus pecados; el alma tiene, como el cuerpo, su terapéutica y su higiene; el confesor es médico higienista; pero así como el enfermo que no toma la medicina ó que oculta su enfermedad, y el sano que no sigue el régimen que se le indica para conservar la salud, á sí mismos se hacen daño, á sí propios se enga-

ñan; lo mismo se engaña y se daña á sí propio el pecador que oculta los pecados, ó no los confiesa tales como son, ó los examina deprisa y mal, ó falta al régimen espiritual que se le impone. No bastaba una conferencia para curar un alma, ni acudir con enfermedades viejas y descuidadas era querer sanar de veras. De todo esto se deducía racionalmente, aparte todo precepto religioso, la necesidad de confesar á menudo. No se trataba de cumplir con una fórmula: confesar no era eso. Era indispensable escoger con cuidado el confesor, cuando se trataba de ponerse en cura; pero una vez escogido, era preciso considerarle como lo que era en efecto, padre espiritual; y hablando fuera de todo sentido religioso, como hermano mayor del alma, con quien las penas se desahogan y los anhelos se comunican, y las esperanzas se afirman y las dudas se desvanecen. Si todo esto no lo ordenase nuestra religión, lo mandaría el sentido común. La religión es toda razón, desde el dogma más alto hasta el pormenor menos importante del rito.»

Aquella conformidad de la fe y de la razón encantaba á la Regenta. ¿Cómo tenía ella veinte y siete años y jamás había oído esto? No se había atrevido á preguntárselo al Magistral, pero tiempo habría.

Un gorrión con un grano de trigo en el pico, se puso enfrente de Ana y se atrevió á mirarla con insolencia. La dama se acordó del Arcipreste que tenía el dón de parecerse á los pájaros.

«Era un buen señor Ripamilán; pero ¿qué manera de confesar! Una rutina que nunca le había enseñado nada. A no ser su matrimonio, nada había sacado de aquellas confesiones. Decía el pobre hombre que se sabía de memoria los pecados de la Regenta y la interrumpía siempre con su eterno:—«Bien, bien, adelante: ¿qué más? adelante... reza tres Padre nuestros, una Salve y reparte limosnas.» ¡Qué hombre tan raro!

¿Cuándo le había hablado don Cayetano de si tenía ella este ó el otro temperamento? Pues el Magistral en seguida: le había dicho que era un temperamento especial, que todo esto y más había que tener en cuenta. Esto era completamente nuevo.»

Además, la había halagado mucho el notar que don Fermín le hablaba como á persona ilustrada, como á un hombre de letras: le había citado autores, dando por supuesto que los conocía, y al usar sin reparo palabras técnicas se guardaba de explicárselas.

«Y qué *elevación*! ¿Qué era la virtud? ¿Qué era la santidad? Aquello había sido lo mejor. La virtud era la belleza del alma, la pulcritud, la cosa más fácil para los espíritus nobles y limpios. Para un perezoso enemigo de la ropa limpia y del agua, la pulcritud es un tormento, un imposible; para una persona decente (así había dicho) una necesidad de las más imperiosas de la vida. La religión no presentaba como una senda ardua la de la virtud, sino para los que viven sumidos en el pecado; pero el hombre nuevo siempre estaba despierto en nosotros; no había más que darle una voz y acudía. La virtud comienza por un esfuerzo ligero, si bien contrario al hábito adquirido; al día siguiente el esfuerzo era menos costoso y su eficacia mayor por la *velocidad adquirida*, por la *inercia del bien*, esto era mecánico (así lo había dicho el señor de Pas). La virtud podía definirse: el equilibrio estable del alma. Además, era una alegría; un buen día de sol; ráfagas de aire fresco embalsamado; el alma virtuosa se convertía en una pajarera donde gorjeaban alegres los dones del Espíritu Santo animando el corazón en las tristezas de la vida. Aquella melancolía de que ella se quejaba, era nostalgia de la virtud á que llegaría, y por la que suspiraba su espíritu como por su patria. La virtud era cuestión de arte, de habilidad. No sólo se conseguía por el ayuno, por el ascetismo; éste era

un medio muy santo, pero había otros. En la vida bulliciosa de nuestras ciudades se puede aspirar también á la perfección.» (En aquel momento se figuraba la Regenta como una Babilonia aquella Vetusta que le pareciera siempre tan pequeña, tan monótona y triste.) «Ella que había leído á San Agustín ¿no recordaba que el santo obispo gustaba de la música religiosa, no por el deleite de los sentidos, sino porque elevaba el alma? Pues así todas las artes, así la contemplación de la naturaleza, la lectura de las obras históricas, y de las filosóficas, siendo puras, podían elevar el alma y ponerla en el diapason de la santidad al unisono de la virtud. ¿Por qué no? Ah! y después, cuando se llegaba más arriba, á la seguridad de sí mismo, cuando ya no se temía la tentación, sino con temor prudente, se encontraban edificantes muchos espectáculos que antes eran peligrosos. Así, por ejemplo, la lectura de libros prohibidos, veneno para los débiles, era purga para los fuertes. Al que llega á cierto grado de fortaleza, la presencia del mal le edifica á su modo, por el contraste.» El Magistral no había dicho si él era tan fuerte como todo eso, pero ella suponía que sí. De todas maneras, la virtud y la piedad eran cosas bien diferentes de lo que le habían enseñado sus tías y la devoción vulgar (así la llamó para sus adentros) que había aprendido como una rutina. Sí, la religión verdadera se parecía en definitiva á sus ensueños de adolescente, á sus visiones del monte de Loreto más que á la sosa y estúpida disciplina que la habían enseñado como piedad seria y verdadera. — ¡Y cuántas más lecciones le había prometido el Magistral para otro día! ¡Cuántas cosas nuevas iba á saber y á sentir! ¡Y qué dicha tener un alma hermana, hermana mayor, á quien poder hablar de tales asuntos, los más interesantes, los más altos sin duda!

De la *cuestión personal*, esto es, de los pecados de

Ana, se había hablado poco; el Magistral generalizaba en seguida. «No tenía datos, necesitaba conocer la mujer.»

Al recordar esto sintió la Regenta escrúpulos. Le había dado la absolución y ella no había dicho nada de su inclinación á don Alvaro!—«Sí, inclinación. Ahora que consideraba vencido aquel impulso pecaminoso, quería mirarlo de frente. Era inclinación. Nada de disfrazar las faltas. Había hablado, sin precisar nada, de malos pensamientos, pero le parecía indecoroso é injusto para con ella misma, hasta grosero, personificar aquellas tentaciones, decir que se trataba de un solo hombre, de tales prendas, y señalar los peligros que había. Pero ¿debía haberlo hecho? Tal vez. Sin embargo, no hubiera sido poner en berlina á don Víctor sin por qué ni para qué, puesto que ella le era fiel de hecho y de voluntad y se lo sería eternamente? Y con todo, debió haber especificado más en aquella parte de la confesión. ¿Estaba bien absuelta? ¿Podría comulgar tranquila al día siguiente? Eso no, de ningún modo; no comulgaría; se quedaría en la cama fingiendo una jaqueca; de tarde iría á reconciliar, y al otro día la comunión. Este era el mejor plan. La resolución de no comulgar á la mañana siguiente le dió una alegría de niña; era como un día de asueto. Podía pasar la noche pensando en la religión, en la virtud en general, por aquel sistema nuevo, y no preocuparse todavía con el cuidado de recibir al Señor dignamente. Era una prórroga; un respiro. Y ya no le parecía impropio dar rienda suelta á su alegría, aquella alegría causada por fuerzas morales puramente y que tal vez era la alborada del día esplendoroso de la virtud.

«¡Qué feliz sería aquel Magistral, anegado en luz de alegría virtuosa, llena el alma de pájaros que le cantaban como coros de ángeles dentro del corazón! Así él tenía aquella sonrisa eterna, y se paseaba con tanto

garbo por el Espolón en medio de perezosos del alma, de espíritus pequeños y... vetustenses. ¡Y qué color de salud!

»Vetusta, Vetusta encerraba aquel tesoro! ¿Cómo no sería obispo el Magistral? ¡Quién sabe! ¿Por qué era ella, aunque digna de otro mundo, nada más que una señora ex-regenta de Vetusta? El lugar de la escena era lo de menos; la variedad, la hermosura estaba en las almas. Ese pajarillo no tiene alma y vuela con alas de pluma, yo tengo espíritu y volaré con las alas invisibles del corazón, cruzando el ambiente puro, radiante de la virtud.»

Se estremeció de frío. Volvió á la realidad. Todo quedó en la sombra. El sol ocultaba entre nubes pardas y espesas, detrás de la cortina de álamos, el último pedazo de su lumbre que se le había quedado atrás, como un trapillo de púrpura. La sombra y el frío fueron repentinos. Un coro estridente de ranas despidió al sol desde un charco del prado vecino. Parecía un himno de salvajes paganos á las tinieblas que se acercaban por oriente. La Regenta recordó las carracas de Semana Santa, cuando se apaga la luz del ángulo misterioso y se rompen las cataratas del entusiasmo infantil con estrépito horrisono.

—Petra! Petra!—gritó.

Estaba sola. ¿Adónde había ido su doncella?

Un sapo en cucullas, miraba á la Regenta encaramado en una raíz gruesa, que salía de la tierra como una garra. Lo tenía á un palmo de su vestido. Ana dió un grito, tuvo miedo. Se le figuró que aquel sapo había estado oyéndola pensar y se burlaba de sus ilusiones.

—Petra! Petra!

La doncella no respondía. El sapo la miraba con una impertinencia que le daba asco y un pavor tonto.

Llegó Petra. Venía sudando, muy encarnada, con la